

EL DEFENSOR DEL OBRERO

DESDE MADRID

LA RUINA DE LA JORNADA DE OCHO HORAS

El problema de la vivienda en Madrid, conserva los mismos caracteres de gravedad que el año último. Se dijo que se estaban construyendo muchas casas, y que, por lo tanto, al terminarse se abarataría el precio de las habitaciones; pero todavía la clase media y la obrera siguen esperando ansiosamente.

¿Por qué no se terminan las construcciones empezadas? ¿Por qué no se rebajan los precios de las viviendas y las casas que son concluidas se abren al público carísimas?

Los propietarios, arquitectos, maestros de obras, de carpintería... cuantos intervienen en la construcción de edificios, lo dicen frecuentemente: la jornada de ocho horas ha venido a agravar considerablemente el problema económico de la vivienda.

Con la citada jornada no solamente se ha encarecido notablemente la mano de obra, sino que también van las construcciones con lentitud lamentable.

¿Es solamente en España donde la jornada de ocho horas ocasiona tan graves quebrantos a la clase media y al pueblo, que ve encarecerse la vida cada vez más.

M. Jonnart, ministro del Trabajo de Francia, en discurso que ha pronunciado en la Federación de las Asociaciones Agrícolas del Pas de Calais, ha declarado que la jornada de ocho horas ha, fra-

casado en casi todos los países.

En Inglaterra—ha dicho M. Jonnart—no hay jornada de ocho horas, pues ha sido anulada por acuerdo entre patronos y obreros; en los Estados Unidos, en Australia, en el Canadá, en las colonias sudafricanas, no existe jornada de ocho horas: en Alemania hay el derecho, pero no se respeta; en Austria son numerosas las derogaciones de la ley de jornada de ocho horas; en Polonia, Suiza y Suecia, se aplican también las derogaciones.

El ministro del Trabajo francés considera ruinoso la jornada referida para toda la industria, pero especialmente en lo que afecta a los ferrocarriles y la marina mercante, y ataca duramente a la Oficina Internacional y a la sociedad de Naciones, chifaduras del señor Wilson, que cuestan a todos los países muchos miles de duros, y que hasta ahora solo han servido para hacer daño.

A España, además de los muchos miles de pesetas que se han gastado en viajes para esas Conferencias chinas, a pesar de celebrarse en Ginebra, se le impone el sacrificio de pagar sueldos hasta de 50.000 pesetas a funcionarios que serán muy técnicos, pero uno de ellos se sabe que estuvo reclamado por los tribunales de justicia, probablemente por otro concepto que por el de la técnica.

En Francia, como en Suiza y en Italia, la opinión se agita ahora contra el proyecto de la Oficina Interna-

cional del Trabajo, de hacer extensiva a la agricultura la jornada de ocho horas. Según la prensa francesa, no ha bastado a la citada Oficina con arruinar las industrias y encarecer extraordinariamente la vida en las ciudades: ahora se propone dar un golpe mortal a la agricultura, y que los pobres no puedan comer.

Con razón ha dicho M. Jonnart, en su discurso del Pas de Calais, que la Sociedad de Naciones se olvida frecuentemente de los fines para que fué creada, y propone franca y decididamente que en Francia no se haga caso de sus acuerdos. La tal Oficina, según el ministro del Trabajo de Francia, no tiene competencia para tratar de las cuestiones que afectan al trabajo agrícola.

Saquear a los respectivos países, como hacen los delegados en las diferentes Oficinas de Ginebra, cobrando enormes sueldos, gratificaciones y dietas, y proceder con absoluta ignorancia de la realidad, según lo vienen haciendo, son méritos más que suficientes para que se termine con la chifadura del señor Wilson.

La clase media y los obreros de Madrid, que cada vez viven más miserablemente, pierden la esperanza de que se alivien sus sufrimientos. Con la jornada de ocho horas se han encarecido notablemente los productos industriales, y se ha imposibilitado la resolución rápida del problema de la vivienda. Si los respectivos gobiernos no dejan a esos delegados de opereta sin sueldos, dietas y

gratificaciones, empeñándose ellos en justificar lo que cobran, están amenazadas las naciones con el establecimiento—o por lo menos la propaganda—de la jornada de ocho horas en la agricultura, y se consumará la ruina total de Europa.

A España solo falta un golpecito como el indicado para que se mueran de hambre la mitad de la clase media y del pueblo.

Los mismos trabajadores madrileños reconocen que la jornada de ocho horas, en la industria, mantiene el encarecimiento de la vida, del cual son los proletarios las primeras víctimas.

El Bachiller Carrasco

Estudios Sociales

SERMON INGENUO CONTRA LAS MODAS INDECOROSAS.

«Don Pedro—que así se llama el párroco—con las dos manos en la barandilla del púlpito, su característico cantoneo del cuerpo, su sonrisita de siempre, decía después de santiguarse: Hijos míos... No sé si siempre me obedecéis; pero, por lo menos, siempre me escucháis con atención. Hoy—y se paró un poquito al decir estas palabras—estoy seguro de que me escucharéis con más interés.

Hijos míos:—y recalcó la frase voy a hablaros de moda.»

Cesaron de abanicarse las aludidas; hubo un momento de general expectación; la sonrisita de don Pedro parecía estar más en sus ojos que en su labios.

De esto hace ya bastantes años; recién llegado a mi primera parroquia, observé que los mozos jugaban a los bolos delante de la iglesia, y jugaban en mangas de camisa, por el calor o por la costumbre.